

## Rapunzel

(Un cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un hombre y su esposa que ansiaban, más que nada en el mundo, tener un hijo. Pero hasta entonces, no se había cumplido su deseo.

Ahora bien, justo en la parte de atrás de su casa, arriba, había una pequeña ventana. Y desde allí, se podía ver un huerto lleno de hermosas flores y verduras frescas. Pero, el huerto estaba rodeado por un muro muy alto. Y nadie se atrevía a entrar en él porque pertenecía a una bruja tacaña y poderosa.

Un día, la esposa se paró en la pequeña ventana y miraba el huerto de la bruja. Allí, vio unas deliciosas hojas de rapunzel, un tipo de lechuga. Y se veían tan frescas y verdes que ella simplemente sentía que debía comer algunas. Día tras día, crecía en ella el deseo por comer esas hojas de lechuga. Mientras más las deseaba, más pálida y triste se ponía.

Su esposo la veía mirando tan triste y se preocupaba. “Mi querida esposa, ¿qué es lo que te pasa?” preguntó.

“Oh,” respondió, “Temo que me moriré si no como unas lechugas del huerto que está detrás de nuestra casa.” Su esposo la amaba muchísimo y pensó: “No puedo dejar que mi esposa se muera. Conseguiré algunos hojas de esa lechuga, ni importa cómo.”

Esa noche, trepó el muro y entró al huerto de la bruja. Recogió rápidamente un puñado de lechuga y se la llevó a su esposa. Inmediatamente se la comió con placer. Pero le gustó tanto y sabía tan exquisita que al día siguiente su deseo por comerla se duplicó. Así que, esa noche, el esposo volvió a trepar el muro y cogió otro puñado de lechuga. Cuando se dio la vuelta para regresar, vió delante de él los centelleantes ojos de la enfadada bruja.

“Cómo te atreves a entrar en mi huerto, ladrón,” dijo entre dientes. “Cómo te atreves a robar mis lechugas. ¡Pagarás caro por esto!”

“Oh, por favor,” dijo el hombre aterrorizado, “Tenga compasión. Hice esto porque tenía que hacerlo. Mi esposa estaba mirando por la ventana y vio sus lechugas, y se hubiera muerto si no conseguía algunas.”

“Entonces,” dijo la bruja, “puedes llevarte toda la lechuga que quieras—*con una condición*. Cuando tu esposa tenga una criatura, me la entregará. Yo cuidaré a la criatura como si fuera su propia madre.”

El hombre estaba tan asustado que dijo: “Acepto,” y luego trató de no pensar más en eso. Pero después, en el mismo momento en que su esposa dio a luz a una encantadora niña, apareció la bruja y se la llevó.

Le dio el nombre de Rapunzel. Ella se convirtió en una hermosa niña. Cuando Rapunzel cumplió doce años, la bruja la llevó a lo más profundo del bosque. Allí, la bruja la encerró en una torre que no tenía escaleras ni puerta, sólo una pequeña ventana en la parte superior. Cuando la bruja quería entrar, le gritaba: “¡Rapunzel! ¡Rapunzel! ¡Deja caer tu cabello!”

Rapunzel tenía una cabellera larga y hermosa que brillaba como el oro. Cuando

escuchaba la voz de la bruja, abría la ventana y arrojaba su larga cabellera, la cual llegaba hasta el piso. Entonces, la bruja se sujetaba de la cabellera y trepaba hasta la ventana de la torre.

### ILUSTRACIÓN

Y así pasaron unos años, hasta que un día el hijo del rey cabalgaba por el bosque y llegó hasta la torre. A medida que se acercaba, escuchaba una voz que cantaba tan dulcemente que se quedó quieto escuchando. Era Rapunzel que en su soledad trataba de matar el tiempo con dulces canciones. El príncipe quiso entrar para verla y buscó la puerta de la torre, pero no encontró ninguna. Así que regresó a casa, pero la canción había llegado a lo más profundo de su corazón y regresaba al bosque todos los días para escucharla.

Una vez, cuando estaba parado detrás de unos árboles, la bruja llegó a la torre. El príncipe vio, asombrado, como la bruja llamaba: “¡Rapunzel! ¡Rapunzel! ¡Deja caer tu cabello!” Entonces, él vio cómo Rapunzel dejaba caer su larga cabellera y la bruja trepaba por ella para entrar a la torre. Y pensó: “Así que esa es la escalera para subir. Entonces, también treparé por ella.” Y al día siguiente, al anochecer, el príncipe llegó a la torre y llamó: “¡Rapunzel! ¡Rapunzel! ¡Deja caer tu cabello!” Y ella dejó caer su cabello, y el príncipe trepó por él.

### ILUSTRACIÓN

Rapunzel se asustó mucho cuando vio al príncipe, ya que nunca antes había visto a un hombre. Pero él le habló amablemente y le contó cómo su canto le había llegado a lo más profundo de su corazón y cómo sintió que no tendría paz hasta que la viera. Entonces Rapunzel olvidó su miedo y, cuando el príncipe le pidió que se casara con él, puso su mano en la de él y dijo: “Me iría gustosamente contigo, pero no tengo manera de abandonar la torre. Haz esto por mí: cada vez que vengas a visitarme, trae un ovillo de seda para tejer con ella una escalera. Cuando esté terminada, la utilizaré para bajar de la torre y luego me llevarás lejos de aquí en tu caballo.” Acordaron que él vendría a visitarla todas las noches, ya que la bruja venía de día.

De manera que las cosas continuaron así hasta que un día Rapunzel, sin querer, le dijo a la bruja: “¿Por qué trepa usted tan despacio cuando el hijo del rey no tarda nada?”

“¡Ay, niña malvada!” gritó la bruja. “Pensé que te había escondido de todo el mundo. Pero, ¿me has engañado!” En un arranque de rabia, la bruja cogió unas afiladas tijeras y le cortó a la pobre Rapunzel su larga cabellera. Luego, la bruja la sacó de la torre y la dejó vagando sola, pobre y abatida.

Más tarde ese día, cuando cayó la noche, el príncipe llegó y llamó, “¡Rapunzel! ¡Rapunzel! ¡Deja caer tu cabello!” La bruja arrojó la cabellera cortada y el príncipe trepó. Pero, en vez de ver a su querida Rapunzel, vio los brillantes ojos de la bruja. “¡Aha!” gritó y le dijo riéndose, “Viniste a ver a tu amada pero tu dulce pajarito cantor ya no está en su nido. Rapunzel se ha perdido para siempre. ¡Jamás la volverás a ver!”

Lleno de espanto y dolor, el príncipe cayó de la torre. La caída no lo mató pero las espinas sobre las cuales cayó, se clavaron en sus ojos y quedó ciego.

Así, ciego y solo, vagó durante varios años, comiendo sólo raíces y bayas y llorando por la pérdida de su amada Rapunzel. Finalmente, llegó a un lugar donde la misma Rapunzel estaba vagando. El no podía verla pero escuchó una voz que creyó conocerla; y cuando fue hacia ella, Rapunzel lo vio, lo reconoció y se colgó de su cuello y lloró. Cuando sus lágrimas cayeron en los ojos del príncipe, éste recuperó la vista.

Y la llevó a su reino para que fuera su novia, donde fue recibida con gran alegría y vivieron felices para siempre.

## **Rumpelstiltskin**

(Un cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un molinero muy pobre que tenía una hermosa hija. Era tan bella e inteligente que no podía menos que jactarse de ella. Dio la casualidad que un día el molinero se presentó ante el rey y, para impresionarlo, empezó a jactarse de su hija. Y antes de que se diera cuenta, se encontró diciendo que su hija era tan asombrosa y tan maravillosa, pues, ella incluso podía hilar la paja y convertirla en oro.

“Ese,” dijo el rey, “es un talento que vale la pena tener. Tráeme a tu hija y veamos qué puede hacer.”

Cuando la joven fue llevada al palacio, el rey la condujo a una habitación que estaba casi llena de paja. Le mostró una rueca y dijo: “Ponte a trabajar y si, para mañana a primera hora, no has hilado esta paja y la has convertido en oro, morirás.”

Y, por supuesto, la pobre hija del molinero no podía hilar la paja y convertirla en oro. ¿Qué podía hacer? No podía pensar en nada y al final, se sentó y empezó a llorar.

Y fue entonces cuando, repentinamente, *ka-lick*, la puerta se abrió y entró un hombrecito. “Buenas noches, hija del molinero,” dijo. “¿Por qué lloras?”

“Porque,” respondió, “tengo que hilar esta paja y convertirla en oro antes de que amanezca pero no sé cómo.”

Entonces, el hombrecito se acercó a ella y le dijo al oído: “¿Qué me darás si hago el trabajo por ti?”

“Pues, te daré mi collar,” tartamudeó.

### **ILUSTRACIÓN**

El hombrecito tomó el collar, se sentó ante la rueca y, *whirr, whirr, whirr*, hiló e hiló, y al amanecer, toda la paja había sido convertida en oro. Y cuando el rey llegó, quedó asombrado. Pero, al ver todo ese oro, su codicia aumentó y quiso tener más. Así que llevó a la hija del molinero a una habitación más grande, llena de más paja, y le dijo que, si apreciaba su vida, debía hilarla y convertirla en oro en una sola noche. Nuevamente la joven no sabía qué hacer y se sentó a llorar, cuando, *ka-lick*, la puerta se abrió y entró el hombrecito.

“Veo que estás llorando de nuevo,” dijo. “Entonces, supongo que tienes que hilar toda esta paja y convertirla en oro, también. ¿Qué me darás si lo hago por ti?”

“El anillo que llevo en mi dedo,” respondió la joven.

De manera que el hombrecito tomó el anillo, se sentó ante la rueca y *whirr, whirr, whirr*, hiló e hiló y, a la mañana siguiente, toda la paja había sido hilada y convertida en oro. Cuando el rey vino, le causó gran alegría ver tanto oro pero quería todavía más. Así que llevó a la hija del molinero a una habitación aún más grande llena de paja y dijo: “Si hilas esta paja y la conviertes en oro en una sola noche, entonces serás mi esposa.”

El rey apenas había dejado el cuarto cuando, *ka-lick*, la puerta se abrió y entró el hombrecito, preguntando, “¿Qué me darás si hilo toda esta paja y la convierto en oro una vez más?”

“Ya no tengo nada que darle,” respondió tristemente la joven.

“Entonces, prométeme,” dijo el hombrecito. “Cuando seas reina y tengas tu primer hijo, me lo darás.”

La hija del molinero pensó que en realidad había muy pocas posibilidades de que fuera alguna vez reina, así que se lo prometió y el hombrecito se puso a trabajar inmediatamente. A la mañana siguiente, la habitación estaba tan llena de oro que llegaba hasta el techo. Cuando llegó el rey, se alegró tanto de ver todo el oro que quería. Se casó con la hija del molinero y la convirtió en reina.

Al cabo de un año, dio a luz a una hermosa niña. Y se le había olvidado por completo del hombrecito y de la promesa que le hizo. Pero un día, cuando estaba sentada sola en su cuarto meciendo a su niña, *ka-lick*, la puerta se abrió y entró el hombrecito, que dijo. “Ahora debes darme lo que me prometiste.”

La reina, llena de miedo, agarró fuertemente a su niña. “Por favor,” dijo. “Te daré todas las riquezas del reino si no te llevas a mi hija.”

Pero el hombrecito dijo: “No. Para mí es más importante un ser viviente que todos los tesoros del mundo.” Entonces la reina empezó a llorar y gemir, y el hombrecito sintió compasión por ella. “Te daré una oportunidad,” dijo. “Te doy tres días para que adivines mi nombre. Si tienes éxito, podrás quedarte con tu hija.” Entonces se fue tan rápido como había venido.

La reina no durmió en toda la noche pensando en todos nombres que había escuchado en su vida. Envío un mensajero para que recorra todo el reino y traiga todos los nombres que encuentre. Y cuando el hombrecito vino al día siguiente, ella intentó adivinar diciendo todos los nombres que había podido encontrar: Alexander, Baltazar, Casper, Doolittle, Eggleston, Fernando y muchos más. Pero a todos, el hombrecito respondía: “No, ese no es mi nombre.”

Al día siguiente, la reina envió mensajeros a todos los rincones del reino para que buscaran los nombres más raros y cuando vino el hombrecito, ella intentó adivinar de nuevo. “¿Te llamas Sheepshanks? ¿Roast-Ribs? ¿Snickerdoodle? ¿Groucho? ¿Winklehopper?” Pero a todos, el hombrecito sólo respondía: “No, ese no es mi nombre.”

Al tercer y último día, la reina estaba desesperada. Agarró bien a su hija y se preguntaba qué hacer, cuando, *ka-lick*, se abrió la puerta y entró—no, no entró el hombrecito sino el mensajero que la reina había enviado a buscar nombres. El hizo una reverencia ante la reina y dijo: “Mi señora, cuando pasé por el bosque anoche, llegué hasta una alta colina y cerca de ella había una pequeña casa y fuera de ésta vi a un hombrecito muy raro que bailaba alrededor de una fogata y que cantaba:

*‘Hoy hago cerveza, mañana hago pan,  
Y después a la hija de la hermosa reina me llevaré.  
Y nadie puede negarme ese derecho,  
Porque mi nombre es Rumpelstiltskin.’*”

El mensajero se marchó y, casi tan pronto como se había ido, el hombrecito llegó. La reina lo recibió preguntándole: “¿Tu nombre es Jack?”

“No, ese no es mi nombre.”

“¿Podría ser Harry?”

“No, ese no es mi nombre.”

“Entonces,” dijo la reina, “tu nombre es—*¡Rumpelstiltskin!*”

“¡El diablo te lo dijo! ¡El diablo te lo dijo!” gritó el hombrecito. Y enojado, pateó el suelo con su pie derecho, con tanta fuerza que se hundió en el piso hasta la cintura. Luego, agarró su otro pie y lo jaló con tanta furia que se partió en dos. Y la reina y su hija nunca volvieron a tenerle miedo.

## ILUSTRACIÓN

### La bella durmiente

(Un cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un rey y una reina que, durante muchos años, estuvieron muy tristes porque no tenían ningún hijo. Finalmente, tuvieron una niña y el rey estaba tan contento que dio una gran fiesta en el palacio, a la cual fueron invitados todos sus amigos y parientes.

Ahora bien, en su reino había trece hadas madrinas. Por supuesto que el rey deseaba invitar a todas las hadas a la fiesta, de tal manera que cada una pudiera ver a su hija y quizás darle un don especial. Pero como el rey sólo tenía doce platos de oro para comer, se decidió no invitar a un hada.

La fiesta se llevó a cabo y fue una maravillosa celebración. Y cuando llegó a su fin, las hadas dieron un paso adelante para otorgar a la princesita sus dones especiales. Una dijo: “Te doy la virtud para que seas muy buena.” Otra dijo: “Te doy la sabiduría para que seas muy sabia.” La tercera le dio la belleza. La cuarta le dio riquezas. Y así las hadas una por una le dieron todo lo que uno podría desear en el mundo.

Once de las hadas ya habían otorgado sus dones y la decimosegunda estaba a punto

de hablar cuando de pronto entró la decimotercera hada—la que no había sido invitada. Estaba muy enojada y gritó: “¡Cuando la princesa cumple quince años, se pinchará un dedo con un huso y morirá!”

### ILUSTRACIÓN

Y sin decir ni una palabra más, el hada enojada abandonó el salón. Todos estaban aterrorizados por lo que había dicho. Entonces la decimosegunda hada dio un paso adelante y dijo: “No puedo romper el malvado hechizo, pero puedo suavizarlo. Así que aquí está mi don para la princesita. Ella no morirá sino dormirá profundamente durante cien años.”

El rey estaba decidido a proteger a su hija. “Sin duda,” dijo, “mi hija no se pinchará un dedo con un huso si nunca ve uno.” De manera que ordenó que fueran quemados todos los husos del reino.

La princesa creció y todos los dones que las hadas le otorgaron, saltaban a la vista: era buena, sabia, bondadosa y hermosa. Todos los que la veían, quedaban encantados con ella.

El día que cumplió quince años, dio la casualidad que el rey y la reina estaban lejos del palacio. Habían dejado sola a la princesa. Y ella daba vueltas por el palacio, explorando todos los lugares y mirando a hurtadillas habitaciones a las que nunca antes había entrado. Subió por una angosta escalera de caracol que conducía a una pequeña puerta con una llave oxidada metida en la cerradura. Dio vuelta a la llave y la puerta se abrió. Y allí en una pequeña habitación estaba sentada una anciana con un huso, hilando afanosamente.

“Buenos días,” dijo la princesa y entró a la habitación. “¿Qué está haciendo usted?” preguntó, pues nunca antes había visto un huso.

“Estoy hilando,” dijo la anciana.

La princesa extendió la mano y preguntó: “¿Qué es eso que está girando tan alegremente?” Pero apenas había acabado de hablar cuando se pinchó el dedo con el huso y en ese mismo momento quedó sumida en un profundo sueño.

Y todos en el palacio quedaron sumidos en un profundo sueño. El rey y la reina, que acababan de llegar a casa y estaban en el gran salón, rápidamente se quedaron dormidos. Los caballos en sus caballerizas, los perros en el patio, las palomas en el techo, las moscas en la pared—todos se quedaron dormidos. Aun el fuego que parpadeaba en la chimenea se apagó, y el viento dejó de soplar y ni una hoja caía de los árboles.

Entonces, alrededor del castillo empezaron a crecer plantas llenas de espinas, que cada año se hacían más tupidas y más altas, hasta que finalmente era imposible ver el castillo, ni siquiera las banderas de las torres más altas.

A medida que pasaban los años, se contaban por todo el reino historias de una bella princesa que dormía detrás de una muralla de espinas. Muchos jóvenes príncipes llegaban pero ninguno podía abrirse paso por las espinas. Finalmente, después de muchísimos años, llegó al reino el hijo de un rey, quien escuchó a un anciano contar que había

un castillo escondido detrás de unas plantas llenas de espinas y que allí yacía dormida una hermosa princesa encantada. El príncipe dijo: “Me abriré camino por las plantas y veré a la hermosa princesa.” El anciano le advirtió que muchos lo habían intentado y habían fracasado, pero el príncipe no hizo caso.

Para entonces se cumplían los cien años, y había llegado el día en que la princesa durmiente se despertaría. Cuando el príncipe se acercó a las plantas llenas de espinas, éstas fueron cambiando de aspecto hasta convertirse en plantas llenas de hermosas flores, que se hacían a un lado para darle paso. Cuando el príncipe llegó al patio del castillo, vio a los caballos y perros que yacían dormidos, y en el techo las palomas estaban sentadas con la cabeza debajo de las alas. Y cuando entró al castillo y subió la escalera, vio que todos permanecían todavía dormidos—el rey, la reina, sus consejeros, el cocinero, las criadas, todos. Todo estaba tan quieto que él podía escuchar hasta su propia respiración.

### ILUSTRACIÓN

Finalmente, el príncipe subió la estrecha escalera de caracol y llegó al cuarto donde la princesa estaba dormida. Cuando la vio durmiendo tan encantadora, no pudo apartar la mirada de ella. Se inclinó y la besó, y ella abrió los ojos y le sonrió. Bajaron juntos y vieron al rey y la reina despertándose y mirándose muy sorprendidos, y a toda la gente del castillo también despertándose y mirándose muy sorprendidos. Y los caballos que estaban en el patio se levantaron y se sacudieron. Los perros se levantaron y movían la cola. Las palomas que estaban en el techo volaron a los campos. Las moscas que estaban en la pared zumbaron y avanzaron un poco. El fuego de la cocina se levantó y ardió.

Después el príncipe y la princesa se casaron y hubo una gran fiesta y júbilo, y vivieron muy felices por el resto de sus vidas.

## La historia de Peter Rabbit

de Beatrix Potter

Había una vez cuatro conejitos, cuyos nombres eran Flopsy, Mopsy, Cotton-tail y Peter.

Ellos vivían con su madre en un banco de arena, debajo de la raíz de un gran abeto.

### ILUSTRACIÓN

“Ahora, queridos,” dijo la Sra. Rabbit una mañana, “pueden ir al campo o bajar por el sendero, pero no entren al huerto del Sr. McGregor: su padre sufrió un accidente allí; la Sra. MacGregor lo metió en un pastel. Bueno, vayan y no hagan travesuras. Yo voy a salir.”

Entonces la Sra. Rabbit cogió una canasta y su paraguas y cruzó el bosque rumbo a la panadería. Compró un molde de pan integral y cinco bollos con pasas.

Flopsy, Mopsy y Cotton-tail, que eran buenos conejitos, bajaron por el sendero para recoger moras. Pero Peter, que era muy travieso, ¡se fue corriendo directamente al huerto del Sr. McGregor y se metió por debajo del portón!

### ILUSTRACIÓN

Primero, comió algunas lechugas y unas habichuelas y luego unos rábanos; y entonces, sintiendo náuseas, se fue a buscar un poco de perejil.

Pero, cerca del extremo de una caja de pepinillos, ¡encontró nada menos que al Sr. McGregor!

El Sr. McGregor estaba agachado, apoyado en las manos y rodillas, plantando repollos, pero se levantó y persiguió a Peter, agitando un rastrillo y gritando: “¡Deténte, ladrón!”

### ILUSTRACIÓN

Peter estaba muy asustado; corría precipitadamente por todo el huerto, pues se le había olvidado el camino que conducía al portón.

Perdió uno de sus zapatos entre los repollos y el otro entre las patatas.

Después de perder los zapatos, corrió en cuatro patas e iba más rápido, de manera que pienso que se hubiera escapado del todo si desafortunadamente no hubiera chocado contra una mata de grosellas espinosas y no hubiera quedado atrapado de los grandes botones de su chaqueta. Era una chaqueta azul con botones dorados, bastante nueva.

Peter se dio por perdido y derramó grandes lágrimas; pero sus sollozos fueron escuchados por unos amigables gorriones, que volaron hacia él con gran alboroto, y le imploraron que haga un esfuerzo.

El Sr. McGregor se acercó con una coladera, que intentaba lanzar sobre la cabeza de Peter; pero él se liberó justo a tiempo, dejando su chaqueta detrás de él. Y entró precipitadamente al cobertizo de las herramientas y se metió en una lata. Hubiera sido hermoso esconderse en ella, si no hubiera habido tanta agua dentro de la misma.

El Sr. McGregor estaba muy seguro de que Peter estaba en algún lugar dentro del cobertizo de las herramientas, quizás escondido debajo de una maceta. El empezó a voltearlas cuidadosamente, mirando debajo de cada una.

En ese momento, Peter estornudó—“¡Kertyschoo!” El Sr. McGregor fue tras él enseguida. Y trató de poner su pie encima de Peter, quien saltó por una ventana, tumbando tres plantas. La ventana era demasiado pequeña para el Sr. McGregor y estaba cansado de perseguir a Peter. Así que regresó a su trabajo.

Peter se sentó a descansar; estaba sin aliento y temblando de miedo, y no tenía la más mínima idea de cómo salir. Además, estaba muy mojado por haber estado metido en esa lata.

Después de un rato, empezó a deambular, saltando—despacio y mirando a todos lados.

Encontró una puerta en una pared; pero estaba cerrada con llave y no había suficiente espacio para que un gordo conejito se metiera por debajo.

Un viejo ratón estaba yendo y viniendo por el escalón de piedra de la puerta, llevando arvejas y frijoles al bosque para su familia. Peter le preguntó cuál era el camino que llevaba hacia el portón, pero tenía una arveja tan grande en la boca que no pudo responder. Sólo meneó la cabeza. Peter empezó a llorar.

Luego trató de buscar el camino para salir del huerto, pero se confundía cada vez más. Pronto, llegó a una laguna donde el Sr. McGregor llenaba sus regaderas

Un gato blanco estaba mirando a un pececito de color, estaba sentado muy, muy tranquilo, pero de cuando en cuando la punta de su cola se movía como si estuviera viva. Peter pensó que sería mejor irse sin hablarle; había escuchado de los gatos por su primo, el pequeño Benjamín Bunny.

Volvió al cobertizo de las herramientas pero de repente, muy cerca de él, escuchó el ruido de un azadón—scr-r-r-tich, scratch, scratch, scritch. Peter se escabulló por los arbustos. Pero de pronto, como no pasaba nada, salió, se trepó a una carretilla y echó un vistazo. Lo primero que vio fue el Sr. McGregor pasando la azada por las cebollas. Estaba de espaldas a Peter y ¡más allá estaba el portón!

Peter bajó de la carretilla silenciosamente y empezó a correr lo más rápido que pudo, por un camino recto detrás de unos groselleros negros.

El Sr. McGregor lo avistó en la esquina, pero a Peter no le importó. Se escabulló por debajo del portón y finalmente estuvo a salvo en el bosque fuera del huerto.

El Sr. McGregor colgó la pequeña chaqueta y los zapatos como espantapájaros para asustar a los mirlos.

Peter no dejó de correr ni miró hacia atrás hasta que llegó a casa, el gran abeto.

Estaba tan cansado que se dejó caer sobre la rica y suave arena en el piso de la madriguera y cerró los ojos. Su madre estaba ocupada cocinando; ella se preguntaba qué había hecho Peter con su ropa. Era la segunda chaqueta y el segundo par de zapatos que Peter había perdido en dos semanas.

Lamento decirles que Peter no se sintió muy bien durante la noche.

Su madre lo acostó, preparó una manzanilla y ¡le dio un poco de ésta!

“Se debe tomar una cucharada a la hora de acostarse.”

Pero Flopsy, Mopsy y Cotton-tail comieron pan, leche y zarcamoras para la cena.

## ILUSTRACIÓN

Revise su biblioteca y busque muchas más historias hermosas escritas e ilustradas por Beatrix Potter, incluyendo *La Historia de Benjamin Bunny*, *La Historia de los Flopsy Bunnies*, *La Historia de la Ardilla Nutkin*, *La Historia de los Dos Ratones Malos*, *La Historia del Sr. Tittlemouse*, y otras más.

## Por qué el búho tiene ojos grandes

(Una leyenda iroqués)

**PADRES:** *Al igual que muchas historias americanas nativas—en realidad, al igual que muchos cuentos populares de diferentes pueblos alrededor del mundo—esta historia cuenta cómo es que sucedió algo. (Como ejemplo de una historia de este tipo, proveniente del oeste de África, ver “Todas las historias son de Anansi,” página 38).*

Raweno, el espíritu que lo hace todo, estaba muy ocupado creando animales. Esta tarde, estaba trabajando en el conejo. “¿Puedo tener patas largas y bonitas y orejas grandes como las del venado?” preguntó el conejo. “¿Y afilados colmillos y garras como los de la pantera?”

“Por supuesto,” dijo Raweno. Pero no había hecho nada más que moldear las patas traseras del conejo cuando fue interrumpido por el búho.

“Whoo, whoo. Quiero un cuello largo y bonito como el del cisne,” exigió el búho. “Y unas hermosas plumas rojas como las del cardenal, un pico largo como el de la garceta y una cresta real de plumas como la de la garza. Quiero que me convierta en la más veloz y hermosa de todas las aves.”

“Cállate,” dijo Raweno. “Sabes que supuestamente nadie debe verme trabajando. ¡Dáte la vuelta y cierra los ojos!”

Raweno moldeó las orejas del conejo, largas y alertas, exactamente como las del venado.

“Whoo, whoo,” dijo el búho. “Nadie puede prohibirme mirar. No me daré vuelta ni cerraré los ojos. Me gusta mirar y miraré.”

Entonces Raweno se enfadó. Olvidándose de las patas delanteras del conejo, cogió al búho que estaba en su rama, y lo sacudió con todas sus fuerzas.

### ILUSTRACIÓN

Los ojos del búho se volvieron grandes y redondos de miedo. Raweno presionó hacia abajo la cabeza del búho y jaló sus orejas hacia arriba hasta que quedaron paradas en ambos lados de su cabeza.

“¡Ya está!” dijo Raweno. “Ahora tienes unas orejas lo suficiente grandes para que escuches cuando alguien te dice lo que tienes que hacer, y un cuello tan corto que no podrás estirar la cabeza para ver lo que no deberías ver. Y tus ojos son grandes pero sólo podrás utilizarlos de noche—no de día, cuando estoy trabajando. Y finalmente, como castigo por tu desobediencia, tus plumas no serán rojas como las del cardenal, sino feas y grises, como las que tienes.” Y frotó al búho por todo el cuerpo con lodo.

Después, regresó a terminar el conejo. Pero, ¿a dónde se había ido? La ira de Raweno había asustado tanto al pobre conejo que había huido, sin haber sido acabado. Hasta el día de hoy, el conejo debe brincar con sus patas disparejas y se ha quedado asustado, porque nunca recibió los colmillos y garras que había pedido. En cuanto al búho, él se quedó como Raweno lo moldeó en un momento de ira—con los ojos grandes, un

cuello corto, orejas grandes y la capacidad para ver sólo de noche, cuando Raweno no está trabajando.

A continuación, presentamos más historias de diferentes pueblos americanos nativos que cuentan cómo es que sucedieron las cosas. Busque en su biblioteca:

*Coyote: A Trickster Tale from the American Southwest* escrita por Gerald McDermott (Harcourt Brace, 1994)

*Crow Chief: A Plains Indian Story* escrita por Paul Goble (Orchard Books, 1992)

*Quillworker: A Cheyenne Legend* recontada por Terri Cohlene (Watermill Press, 1990)

## Drama

¿Te gustar fingir? Quizás a veces tú y tus amigos fingen ser caballeros y princesas, exploradores del espacio o policías y ladrones. Quizás te gusta jugar con muñecas, vestir-las y hablarles.

Cuando haces esto, estás actuando. Otra palabra utilizada para referirse a la actuación es *drama*. Muchos programas de televisión y películas son dramas. ¿Alguna vez has visto una obra de teatro o has participado en una de ellas, con actores disfrazados sobre un escenario? Eso también es drama.

Tú y tus amigos pueden representar su propio drama. Pueden ser los actores y actrices. Pueden ponerse vestuario. Pueden colocar una escenografía en el escenario, para mostrar donde se está llevando a cabo su obra. Necesitarán recordar algunas palabras que tienen que decir; a esas palabras se les llama *versos*. Todos los versos que los actores y actrices tienen que decir, están escritos en el *guión*. El guión también da algunas pautas especiales, por ejemplo, te indican cuándo debes entrar al escenario y cuándo debes salir.

Di tus parlamentos en voz alta y clara de tal manera que la gente que está viendo la obra—el público—pueda escucharte. Cuando estás actuando en el escenario, la gente te está mirando pero ¡tienes que actuar como si ellos no estuvieran allí!

Aquí tienes el guión de una obra llamada *El pastorcito mentiroso*. Es un drama basado en una de las fábulas de Esopo (que puedes leer en este libro, en la página 33). ¿Qué tipo de vestuario utilizarás? ¿Qué tipo de escenografía harás?